Ramón Hernández

CUENCA UNICA: LA CIUDAD ENCANTADA/EXEQUIAS DE VIRIATO

Ya habíamos visitado las hoces del Júcar y del Huécar, experimentado el vértigo de las Casas Colgadas, visto el rostro fascinador de una dama triste y melancólica, asomada a los cristales de un mirador, sobre el abismo vertical de la ermita de la Virgen de las Angustias. Habíamos llegado a la ciudad muy de mañana y ya estábamos enamorados de ella, de su luz otoñal, de su perfume a tierra mojada. Casa del barrio de San Martín, cómo me cautivaron esculpidas en los riscos, aristocráticas y llenas de altivez, sugeridoras de impávidos saltimbanquis, inmóviles trapecistas, paralizados cóndores. Se reflejaba la ciudad en las aguas del río Júcar y allí triunfaba el bosque de chopos áureos, en los que el otoño trenzaba coronas de dioses. Desde la atalaya de la Torre Mangana habíamos admirado hasta el éxtasis el sideral paisaje, la furtiva sombra en las callejuelas de capa y espada, los pasadizos cómplices, las rejas clandestinas, los faroles ambiguos iluminando tinieblas de argentada luna, corazones vencidos por el amor imposible. La catedral resplandeciente y acéfala, de derruidas cúpulas, presa de maleficios y misterios de ultratumba, guardaba su secreto también enamorada de aquella grácil reina que la soñó insomne en su castillo de alucinaciones regias, la aleve Leonor Plantagenet, esposa del rey Alfonso VIII, reina del cielo azul en el que imaginó la predestinación de un templo tallado por la brisa y agitado por ansias de seísmos. Fotografié su híbrida razón de ser, mitad anglonormanda, la otra mitad gótica, absorta en el gélido más allá de las religiones y los milagros. Laudas sepulcrales de parientes del Cid, vírgenes enamorantes, de cautivadoras pupilas y tez de alabastro, capilla de los Caballeros, dípticos y relicarios, tallas de Pedro de Mena que respiraban bajo las bóvedas. Habíamos admirado tanto la Custodia de Coral como el esplendor abstracto del Museo de Pintura y, tras el almuerzo en un típico mesón castellano, nuestro guía, un tipo pintoresco, grueso y flemático, que me recordó al actor Aldo Fabrizzi, nos preguntó si nos había gustado la ciudad.

–Mucho –dijimos todos casi al unísono.

–Es fantástica –añadí yo–, casi irreal. No es extraño que los visitantes digan de ella que es única en el mundo.

El cicerone hizo una pausa mientras encendía un cigarro habano. Resoplaba enrojecido por el abundante yantar y el buen vino. Sus ojillos maliciosos parecían esconder la tentación de una confidencia celosamente reservada para ocasiones especiales.

–Esta tarde les llevaré a la Ciudad Encantada –dijo al fin.

–¿La Ciudad Encantada? – preguntamos extrañados–. Nunca hemos oído hablar de ella.

–Lógico –dijo el guía–, esta ciudad no viene en los mapas y sólo algunas personas muy escogidas han conseguido verla. Es una ciudad secreta, que huye de los viajeros curiosos, esfumándose en la niebla como si no hubiera existido jamás.

El guía, como si hablara consigo mismo, continuó explicándonos que la Ciudad Encantada era, realmente, un lugar soñado, donde el tiempo no existía. Triunfaba allí el mar de piedra, el viento inextinguible, la canción del bosque con sus voces ancestrales, diluvianos vestigios de fantasmagorías fósiles. Allí, nos dijo, el cielo era más infinito que ninguno y en él, a veces, se dibujaban escenas de misterios. Laberinto de piedra, planetario arcano, lugar de prodigios, llegamos a sus proximidades cuando el sol se precipitaba por la línea del horizonte y la fría brisa del norte enrojecía nuestras mejillas.

–Prométanme que no referirán a nadie las escenas que van a presenciar –nos rogó el cicerone, ya en los arrabales de aquella ciudad que se difuminaba en las casi tinieblas del anochecer, surgida como por ensalmo en aquel cósmico paraje.

–Se lo prometemos –dije.

Promesa que yo no he cumplido, incapaz de guardar el secreto de la ciudad encantada donde aquel día, ya lejano, nuestros ojos atónitos presenciaron las solemnes exequias funerarias del caudillo Viriato, a quien la Roma imperial llamó «capitán de bandoleros». Nacido en la Celtiberia fue considerado erróneamente portugués durante siglos por ser pastor trashumante y haber recorrido numerosas veces la Lusitania con sus ganados. Rebelde a la tiranía romana alzóse contra las legiones invasoras siendo, según un afamado historiador, «el primero en fuerza, ingenio y destreza». Bastábale un breve sueño para lanzarse al combate con inusitados bríos, no arredrándole el frío, ni el calor, la sed o el hambre, el cansancio o el peligro de muerte. Pesadilla de Roma durante años causó el espanto de sus legionarios y sembrando la inquietud en el Senado de la mítica ciudad del Tíber. Vencedor del pretor Vitilio y de su sucesor Plancio, humilló al legendario Fabio Máximo y fue considerado rey de Hispania. Sin embargo, el pérfido cónsul Cepión, ansioso de matarle, compró la lealtad de tres de sus capitanes, los malvados Audas, Ditalcón y Minuros, que asesinaron al caudillo mientras dormía plácidamente en su tienda.

–La historia ha conservado sus nombres para maldecirlos –dijo con emocionada voz el cicerone.

A nuestro alrededor, en las tinieblas de la noche que solamente iluminaban las antorchas de mano que todos portábamos, una abigarrada muchedumbre se dirigía hacia un resplandor de fuego que flameaba a lo lejos. Hombres, mujeres, niños, unos en carreta, otros a pie o en mulas o asnos, en la semioscuridad insomne, como espectrales tránsfugas, llegamos al fin a un lugar fantástico, poblado de enormes piedras erosionadas por el viento, que adoptaban caprichosas formas, inmóviles desde el comienzo de la eternidad, cual vigías de un cielo denso, en el que miríadas de estrellas parpadeaban como espíritus. La muchedumbre nos empujaba ya y el guía, que no nos soltáramos de ella, pues podríamos perdernos en medio de la espectral concurrencia.

–Miren –dijo–, aquella enorme roca estrecha en su base y ancha arriba, es el Tormo Alto. Allí incinerarán a Viriato sus atribuladas huestes.

Vimos rostros de guerreros, infantes portando haces de leña de los pinares próximos, centinelas nos detenían, escuchábamos cuernos de caza y ladridos de perros. Lejos aullaban lastimeros lobos y en las desnudas ramas de los árboles lechuzas absortas nos sobrecogían el ánimo con su mirada inmóvil. Fue terrible. Tras la procesión de los sacerdotes que se dirigían bajo palio a la enorme roca, los capitanes y la soldadesca trajeron una carreta con trémulos prisioneros romanos, desnudos y convulsos, con el horror dibujado en sus rostros. Los verdugos atáronlos a patíbulos y allí ardieron como teas, ofrecidos en terrible holocausto a los dioses. Plañideras venidas de la lejana Soria, patria del héroe, lloraban ininterrumpidamente, mientras, abriéndose paso entre la multitud, llegaba el cortejo fúnebre con el cuerpo exánime de Viriato, desnudo, mostrando a la noche que iluminaban las hogueras, transida de alaridos, llantos y vítores, las heridas cobardes de sus asesinos los cuales, el día anterior, habían sido descuartizados por la muchedumbre y sus despojos arrojados a los perros salvajes.

–Está prohibido hacer fotografías –nos advirtió el cicerone.

Y allí arriba, sobre el colosal Torno Alto, depositaron el cadáver del héroe encima de una altísima pila a la que prendieron fuego los sacerdotes, valiéndose de largas pértigas escendidas con brea. Un cántico fúnebre se elevó a las alturas mientras el fuego, lentamente, iba consumiendo los despojos de aquel joven y mítico caudillo que había jurado odio eterno a los romanos. Jinetes enloquecidos evolucionaban en torno al tálamo fúnebre, entonaban dolorosos cánticos coros de voces blancas, como surgidas de gargantas de ángeles. La noche estrellada se fue cubriendo de tinieblas, mientras en nuestros sobrecogidos corazones de absurdos turistas del siglo XX, comenzaba a florecer la aurora. ■

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Hora, La. #5, 4/1985.